



«Comparada con
Claire DeWitt,
Lisbeth Salander es
alguien completamente
normal.» *Die Zeit*

 Claire
DeWitt y la ciudad
de los muertos
Sara Gran

DESTINO

Claire
DeWitt
y la ciudad
de los muertos

Sara
Gran

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1274

I

—Se trata de mi tío —dijo aquel tipo al teléfono—. Se ha perdido. Lo perdimos durante la tormenta.

—¿Perdido? Querrá decir que se ha ahogado.

—No —me respondió afligido—, perdido. Es decir, sí, claro, probablemente se habrá ahogado. Estará muerto. No he sabido nada de él y no puedo imaginarme que siga con vida.

—Entonces, ¿cuál es el misterio? —le pregunté.

Mientras hablábamos pasó un cuervo. Yo me encontraba en el norte de California, cerca de Santa Rosa. Estaba sentada a una mesa de picnic junto a un grupo de secuoyas. Un arrendajo azul graznó cerca de allí. Los cuervos solían ser pájaros de mal agüero, pero hoy son tan comunes que eso ya es difícil de decir.

Los augurios cambian. Las señales se transforman. Nada es permanente.

Esa noche soñé que había vuelto a Nueva Orleans. Llevaba diez años sin ir, pero en mi sueño resultó que me encontraba allí durante la inundación. Era

una noche fría y oscura, y yo estaba sentada en un tejado. La luz de la luna rebotaba sobre el agua a mi alrededor. El silencio me envolvía. Todo el mundo se había marchado.

Al otro lado de la calle, en otro tejado, un hombre estaba sentado en una silla de respaldo recto. El tipo se desenfocaba a ratos, como en esos viejos rollos de celuloide llenos de manchas y fundidos a causa de la luz. Tendría unos cincuenta o sesenta años y era blanco, pálido, más bien bajo, de cabello entrecano y cejas pobladas. Llevaba un traje negro de tres piezas con cuello alto y una corbata negra. Tenía el ceño fruncido.

El tipo me miró con severidad.

—Si te contara claramente la verdad, no la entenderías —me dijo.

Su voz era áspera y distorsionada, como un disco viejo, pero aun así pude distinguir un deje de acento francés.

—Si la vida te diera respuestas rotundas, serían respuestas sin sentido. Cada detective debe buscar sus propias pistas y descifrar los enigmas por sí mismo. Nadie puede resolver el misterio por ti, un libro no te puede mostrar el camino.

Entonces lo reconocí: por supuesto, era Jacques Silette, el gran investigador francés. Las palabras provenían de su único libro, *Détection*.

Miré a mi alrededor y en la oscuridad de la noche vi un débil resplandor en la distancia. A medida que la luz se acercaba, descubrí que se trataba de un bote de remos con un farol en la proa.

Pensé que venía a rescatarnos, pero estaba vacío.

—Nadie te salvará —me dijo Silette desde su tejado—. No vendrá nadie. Estás sola en tu búsqueda, sin amigos, sin amor, sin un Dios en lo alto que venga en tu ayuda. Tus enigmas son sólo tuyos.

Silette aparecía y desaparecía, parpadeando bajo la luz de la luna.

—Lo único que yo puedo hacer es dejarte pistas —me dijo— y esperar que no sólo resuelvas los misterios, sino que también elijas con cuidado los rastros que dejas tras de ti. Escoje con prudencia, *ma'moiselle*. Los enigmas que no revuelvas se mantendrán durante varias vidas cuando tú ya no estés.

»Recuerda: eres la única esperanza para los que vendrán después.

Me desperté tosiendo, expulsando agua.

Esa mañana hablé con mi médico sobre el sueño. Luego llamé a aquel tipo y me hice cargo del caso.

2

2 de enero de 2007

El cliente ya conoce la solución del misterio, pero no quiere reconocerlo. No contrata a un detective para descifrar el enigma, sino para demostrar que el misterio no puede resolverse.

Un taxi me dejó en la Napoleon House, en el Barrio Francés. El cliente ya estaba allí. Me senté a la mesa frente a él y me dediqué a escuchar cómo intentaba hacerme creer que deseaba que yo resolviera el problema. Él no sabía que estaba fingiendo. Nunca lo saben.

Mi cliente se llamaba Leon Salvatore: varón, de casi cincuenta años, canoso y desgredado, con algo que podría haber sido una barba o quizás el resultado de varias semanas sin afeitarse. Parecía un viejo hippie que en realidad nunca hubiera sido hippie del todo. Llevaba vaqueros y una camiseta que decía «Festival del Cangrejo Cameron Parish 2005» sobre un dibujo de un sonriente cangrejo rojo arrojándose a un caldero.

Ése sería su último festival del cangrejo durante una temporada.

Leon pidió una cerveza; yo, una copa de Pimm's y un bol de jambalaya.

—Así pues —empecé—, la última vez que usted vio a su tío fue...

—¿Verlo, verlo? —dijo él.

Me lo imaginé viendo a su tío sólo a medias.

—Bueno, no sé —continuó—, quizás hace unos meses.

—Vale. Pues ¿cuándo fue la última vez que habló con él? O, bueno, cualquier otro momento en que pueda señalar con exactitud su ubicación en el tiempo y el espacio.

—Ah, claro —respondió conformado—. Hablé con él por teléfono el domingo, la noche antes de que nos golpeará la tormenta. Estaba en casa y me dijo que no pensaba marcharse.

—¿Que está en...?

—A unas manzanas de aquí. Vic vivía en el bajo Bourbon. Iba a quedarse. Intenté decirle que no era una buena idea, ya sabe. Le propuse pasar a buscarlo y llevármelo con nosotros. Yo me fui a casa de mi novia, de mi exnovia, en Abita Springs. Fue un puto error, pero por lo menos pudimos marcharnos sin demasiadas complicaciones. Así que llamé a Vic el domingo para ver si había cambiado de opinión. Hablé con él el viernes, el sábado y otra vez el domingo. Traté de convencerlo para que se marchara. Obviamente, no resultó. El lunes los teléfonos ya no funcionaban y...

El resto de su frase era evidente y no la pronunció en voz alta.

—Bueno —Leon continuó con su historia—, ya sabe. Pasó un tiempo hasta que empecé a preocupar-

me. Fue unos días antes de que pudiéramos marcharnos de Abita Springs. Allí estábamos seguros, pero no había luz ni agua ni demasiada comida, así que nos fuimos cuando despejaron las carreteras. Cuando retiraron lo más gordo. Aun así, tardamos unas diez horas en llegar a Memphis: cada pocos kilómetros teníamos que parar para sacar un poco de mierda del camino. Primero pasamos unos días en Memphis, más o menos una semana, pero estaba abarrotado y lo único que pudimos conseguir fue una habitación de hotel diminuta a las afueras, cerca de Graceland. Y estaba lleno de gente, ya sabe, de gente refugiada en el Superdome, y realmente cabreados, cabreados de verdad. Daba un poco de miedo. Así que nos largamos a... Austin. Sí, Austin. Tenemos unos amigos allí y nos quedamos una temporada en una caravana que tienen en su casa. Pero luego tuvieron que acoger a otros amigos que estaban igual que nosotros y nos tocó marcharnos, así que fuimos a Tampa unas semanas, también con amigos. Después volvimos de nuevo a Abita Springs y luego...

El camarero nos trajo las bebidas y mi comida. Lo depositó todo en la mesa con mucho cuidado, tanto que podría asegurar que era la primera vez en su vida que servía mesas.

—Bueno, pues —prosiguió Leon cuando se marchó el camarero—, ¿qué le estaba diciendo?

—Su tío —le recordé.

—Correcto, Vic. Así que pasó cierto tiempo hasta que me di cuenta de que había, bueno, desaparecido. Quiero decir, desaparecido desaparecido. Eva-

porado, no sólo..., mmm, extraviado. Mire, sabía que no le funcionaba el teléfono y ya me imaginaba que habría perdido su móvil o que no le habría vuelto a funcionar o algo así, por lo que no me sorprendió no saber nada de él durante un tiempo, durante unos días. Pensé que difícilmente iría al Superdome o al Centro de Convenciones. Estaban obligando a la gente a ir allí, pero él era un tipo listo y me imaginé que se escaquearía. Además, bueno, tenía contactos. No era un cualquiera.

No lo era. Yo no había conocido a Vic Willing, aunque sabía quién era. Vic Willing había sido fiscal auxiliar de distrito al servicio de la fiscalía general de Nueva Orleans durante más de dos décadas. En el momento de la tormenta tenía cincuenta y seis años. Procesaba a asesinos, violadores y traficantes de drogas. Como la mayoría de los fiscales de Nueva Orleans, no lo hacía demasiado bien, pero sí mejor que el resto de fiscales de su oficina. Era conocido por hacer tratos justos y por ser un fiscal de distrito razonablemente inteligente que, en realidad, habría podido ganar casos si hubiera vivido en cualquier otro lugar: en un lugar en el que los policías y los fiscales se hablaran, en un lugar en el que hubiese menos de tres o cuatro asesinatos por semana, en un lugar en el que los fiscales tuvieran secretarías, sus propias fotocopiadoras y teléfonos proporcionados por el gobierno.

Lo había visto en los tribunales, pero nunca había hablado con él. Era de un barrio rico de la zona residencial y la mayoría de los abogados de su entorno —que eran muchos— habían tomado caminos más

lucrativos. Un día cualquiera, él podía ser perfectamente el que llevara el traje más caro de todo el tribunal. Si eso le molestaba a alguien, se lo guardaban para sí. Nueva Orleans era un poquito como Inglaterra: la gente se sentía cómoda con las distinciones de clase.

Vic había desaparecido en algún momento después del 28 de agosto de 2005. Su apartamento del Barrio Francés no se inundó. El conjunto del barrio solamente sufrió daños a causa del viento y de pequeñas inundaciones por el reventón de una cañería de agua bajo el Museo de Cera. Tenía a su disposición toda la comida y el agua que quisiera de las docenas de restaurantes de la zona, algunos de los cuales se habían mantenido abiertos mientras que otros habían sido asaltados y habían quedado también abiertos de par en par. Incluso contaba con un generador auxiliar en su edificio, algo bastante común en Nueva Orleans, donde los cortes de corriente eran, como mínimo, mensuales, y, normalmente, semanales, dependiendo del momento del año y del barrio en que vivieras. Leon había estado buscando a Vic, los amigos de Vic habían estado buscando a Vic e incluso los polis habían buscado a Vic. No encontraron nada.

Se había desvanecido.

—Entonces, a partir del sábado siguiente —prosiguió Leon— después de que despejaron la ciudad, empecé a preocuparme. Quiero decir, a preocuparme de verdad. Porque para entonces ya debería haber podido encontrar un teléfono. Había tableros de anuncios para consulta y páginas de internet en las

que podías buscar a las personas desaparecidas. Empecé por los tablones y las llamadas telefónicas, todo eso. Llamé a los centros de evacuación, a los asilos, a los hospitales. Nada.

—¿Ninguna pista?

Leon negó con la cabeza.

—No. Ni rastro de él. Repasé cada referencia que encontraba de «Varón blanco de mediana edad». Y había un montón. Sabe, a algunas personas simplemente se les fue la cabeza. En especial a la gente mayor: muchos de ellos no pudieron soportar la tensión y perdieron el oremus. Muchos ya no sabían ni quiénes demonios eran. Gracias a Dios que tenemos internet. Yo qué sé, los hospitales cuelgan fotos de ancianos esperando que alguien los reclame. También de gente joven. En realidad, de cualquiera que esté discapacitado, o enfermo, especialmente de enfermos mentales —aquí hizo una pausa—. Era una especie de Objetos Perdidos, pero para personas.

Nos quedamos en silencio durante un minuto. El sol salió por primera vez en todo el día, iluminó lo suficiente la cara de Leon para mostrar sus cicatrices y luego volvió a ocultarse tras una nube. Estaban bajo la superficie y no eran visibles, a no ser que tuvieras la vista entrenada para apreciarlas.

Leon frunció el ceño y continuó.

—En fin, así que hice todo eso. Llamé a los hospitales, a los asilos, contacté con todos los grupos de ayuda, con todo el mundo. Nada. Ni rastro de él. Lo intenté en el juzgado de instrucción de la ciudad, por si acaso lo tenían allí. Nada. Más o menos lo dejé ahí. Y después la llamé a usted.

—¿Y qué cree usted que sucedió?

—No lo sé —dijo Leon—. Quiero decir que, con la tormenta, ha habido gente a la que no se la ha vuelto a ver. No fue como una guerra, en la que alguien llama a tu puerta y te cuenta que tus seres queridos han muerto o lo que sea. No había organización ni nada parecido. La gente simplemente desaparecía.

Nos miramos el uno al otro.

—¿Cuánto medía? —le pregunté.

—¿Medir? No sé... ¿Un metro ochenta?

Eso es lo que contesta la gente cuando no sabe la altura de un hombre. Para una mujer, la respuesta suele ser uno sesenta y cinco o uno setenta. En cualquier caso, seguramente medía más o menos eso, y en el Barrio Francés el agua no llegó ni a acercarse a esa altura. Si se hubiera ahogado, tendría que haberse esforzado bastante para hacerlo.

—¿Es posible que saliera a ayudar? —le pregunté—. ¿Que se subiera a una de las lanchas de rescate?

—Bueno, claro. Es posible. Supongo que se habría podido ahogar en algún otro sitio. Me imagino que podría haberse dirigido hacia el agua para intentar ayudar, pero sabe qué, no lo creo. Vic no era así. No es que fuera mal tío —precisó—, o sea, era amable y todo eso. Pero nadar de aquí para allá para ayudar a la gente, ensuciándose..., realmente no me lo imagino. En verano solía llevar zapatos de ante y si alguien le pisaba, a ver, no le hacía muy feliz. Así que no, no me lo imagino. Pero bueno, podría ser que se hubiera ido a algún lado, a buscar comida o lo que fuera, y que simplemente se hubiera ahogado en la calle. Ya habrá oído lo de esos muros de agua,

ahora es difícil saber qué pasó exactamente. Aunque es improbable. Así que ya ve, esto es básicamente todo lo que puedo contarle.

Nos miramos durante un minuto. Yo temblaba de frío. El cielo estaba gris y estábamos a menos de cinco grados, a punto de ponerse a nevar. Aunque estando en el sur era improbable que eso llegara a suceder.

—Hábleme de su tío —le pedí.

—Era abogado, ya lo sabe usted.

—Sí, lo sé. ¿Qué tal era como persona?

—Bueno —dudó Leon, como si pensara en ello por primera vez—, yo qué sé, parecía buena persona. En realidad, no estábamos tan unidos. Solíamos juntarnos año tras año para Acción de Gracias, Navidad, nacimientos, funerales, ese tipo de cosas. Después de la muerte de mi madre, yo era la única familia que le quedaba en la ciudad, así que procuré estar en contacto con él. Probablemente no fue suficiente, pero es que él estaba ocupado. El trabajo lo mantenía realmente atareado, además de que tenía una gran vida social, iba a bailes y a todas esas cosas que hacen los ricos. Era socio de un montón de clubs, estaba en todo eso del Mardi Gras. Supongo que ya está al tanto.

—¿Dónde está el resto de la familia? —le pregunté.

—Bueno, mis padres ya no están. Fallecieron hace bastante. Vic era hermano de mi madre. Una de mis tías está en Nueva York y la otra en Los Ángeles. Son fantásticas. Por el lado de mi padre aún queda un montón de gente en la ciudad, pero se trata de otra familia. Se veían con Vic por vacaciones

y en ocasiones así, aunque no se trataban. Y Vic no tuvo hijos. A ver, salía con mujeres, pero nunca se concretó nada. Yo creo que él no quiso, me parece que le gustaba vivir solo.

—Así que en lo que se refiere a esta familia, a la familia de su madre, ¿sólo quedaban ustedes dos?

—Sí, aquí en la ciudad sí —me confirmó—. Sólo nosotros dos. Eran mi madre y Vic. Tenían algunos primos, pero eran mayores y ya hace tiempo que murieron.

—¿Quería usted a su tío?

—Bueno —dijo, frunciendo el ceño—, era mi tío.

—Es que, vamos a ver —le conté—, este tipo de investigación va a costar mucho dinero y va a exigir mucho tiempo, y puede que a usted no le guste lo que descubra. Así que si no lo quería, quizá se lo podría volver a pensar mientras aún haya tiempo. Esto es algo gordo y no tiene vuelta atrás.

Leon se tomó un momento antes de responder. Yo me acabé mi jambalaya. El camarero volvió para llevarse mi bol, mi cuchara y mi servilleta con tanta lentitud y tanto cuidado como me los había traído.

—Vic me lo dejó todo —contestó finalmente—. No tenía por qué hacerlo. Poseía algunas propiedades, pequeños terrenos dispersos por la ciudad que había heredado de su padre. Yo sabía que todo eso significaba un dinero, pero no que fuera tanto. Probablemente, me habría acabado tocando en cualquier caso, no había nadie más. Pero Vic fue a un notario e hizo testamento. Se aseguró de que yo lo recibiera todo y de que supiese dónde estaba y eso

—volvió a detenerse y a fruncir el ceño—. Yo pensé que me iba a sentir bien hasta que empecé a limpiar el apartamento, su apartamento. Entonces, me di cuenta de que no estaba bien, de que no estaba bien abandonarlo de esa manera. Me parece que siento que le debo algo, como si le debiera averiguar qué es lo que le sucedió. Personalmente..., bueno, él es mi tío. No es que no lo quisiera. No es que no me gustara ni nada por el estilo. Es sólo, bueno... Ya sabe.

—Sí, ya sé.

—Ya sabe lo que dice la Biblia —recitó con resignación—: «Cuida de tu tío como cuidarías de ti mismo», o algo así.

—No creo que eso salga en la Biblia —le respondí—, pero es un bonito pensamiento.

Se encogió de hombros.

—Ah, hay algo más —añadió—. Algo importante. Incluso aunque yo crea que no es verdad.

—¿Y de qué se trata?

—Hay alguien que afirma que le vio.

—¿Que le vio? —repetí.

—Ese tipo loco, Jackson. Bueno, no sé su auténtico nombre, pero así es como lo llama la gente. Tampoco creo que esté realmente loco, aunque en fin, es un tipo de la calle. Se pasa la vida en Jackson Square, es un sin techo. Creo que había sido músico, no sé. Bueno, me lo encontré cuando volví a la ciudad y nos quedamos charlando unos minutos. Me contó que había visto a Vic. Sabía que Vic era mi tío. Me dijo que lo había visto cerca del Centro de Convenciones, el martes.

—El martes. ¿Después de la gran inundación?

—Eso dice —repitió sin convicción—. Según él se encontraron, charlaron y Vic le dio unos cuantos dólares.

—El martes, pues. Eso querría decir que seguía vivo después de que lo peor de la inundación hubiera pasado. Ni muro de agua ni nada de eso.

—Sí, claro, eso mismo —convino Leon mientras se encogía de hombros—. No lo sé. Jackson es un buen tipo, pero, en fin, no estoy seguro de que tenga claro qué día de la semana era.

Nos quedamos en silencio durante un minuto.

—¿Puedo preguntarle algo? —me pidió.

—Claro. Adelante.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y dos años —le respondí. En realidad tenía treinta y cinco, pero nadie confía en una mujer de menos de cuarenta. Yo empecé a tener cuarenta a los veintinueve.

—¡Caramba! Perdone. Es sólo que, bueno, parece realmente joven. ¡Vaya! ¿Hace usted algo especial o...?

—Agua. Bebo mucha agua, como mucha fruta fresca y hago mucho yoga —le contesté, aunque no he hecho nunca yoga y raramente bebo agua—. Va muy bien para el colágeno.

—Y he oído algo de que estuvo en el hospital —dijo, no muy convencido—, que fue un asunto relacionado con...

—Oh, no —repliqué—. Aquello. No, no era un hospital. Es increíble cómo corren los rumores. Lo que hice fue una especie de retiro... Como en un *ashram*.

Nunca he estado en un *ashram*. Tuve algo parecido a una crisis nerviosa y terminé en el hospital.

—¿Ahora puedo preguntarle algo yo?

— Sí, claro —me respondió plácidamente—.

Por supuesto.

—¿Por qué yo? Como usted sabe, soy uno de los detectives más caros del mundo. Y con dietas de viajes y todo lo demás. Y además están los rumores.

Leon se encogió de hombros y suspiró.

—Bueno, pregunté por ahí y me dijeron que usted era la mejor.

—Es verdad. Lo soy.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó—. En realidad no sé cómo se supone que funciona esto. ¿Necesita usted hablar con sus amigos o algo por el estilo?

—No, todavía no.

—¿Quiere hablar con la policía? —insistió—. Quiero decir, ellos lo intentaron, así que...

—No.

—¿Quiere una lista de sospechosos? Porque ya sabrá que, como abogado, él tenía un montón de enemigos, así que me imaginé...

—No, gracias —le respondí—. No, no soy ese tipo de detective.

—Pues entonces, ¿qué es lo que piensa hacer?

—Voy a esperar —le dije—. Voy a esperar y a ver qué sucede.

Leon frunció el ceño.

—Ah —contestó—. Ah.

Cuando el camarero trajo la cuenta, a Leon se le cayó al suelo junto a la mesa, y al recogerla para pagar un papelito sucio y arrugado se quedó pegado a su cartera de imitación de piel. Se trataba de una tarjeta de visita. La cogí. En ella se veía un dibujo pobremente trazado de un pájaro volando sobre unos tejados.

«Construcciones Ninth Ward», decía. «¡Podemos hacerlo!»

Al pie constaba una dirección de la parte baja del Distrito Nueve y un número de teléfono. En ese momento allí no se estaba construyendo nada.

Le di la vuelta. Un nombre escrito con bolígrafo al dorso. Más abajo, un mensaje: «Frank. ¡Llámame, puedo ayudar!».

Me guardé la tarjeta con mucho cuidado en mi cartera y la metí en el bolso.

La primera pista.